

Infiltración y contrarrevolución: el caso de la Liga 23 de Septiembre

En un sistema político como el mexicano, donde las posibilidades de participación efectiva a nivel gobierno, para toda organización que no se identifique con el reducido grupo gobernante o con la clase dominante, son prácticamente inexistentes, debido a la exigencia de control político a que el propio sistema se obliga para mantenerse.

Hasta ahora, los grupos disidentes han llevado a cabo su oposición de manera aislada y sin una organización de alcance nacional. La izquierda mexicana se encuentra en un permanente estado de atomización debido a las limitaciones que le impone el propio sistema político y a las pugnas irreconciliables que sostiene en su seno. Existen organizaciones que proponen la toma del poder por la vía electoral; otras, por medio de una revolución socialista a partir de la creación de las condiciones propicias, y algunas más que se proponen, como tarea inmediata, la agudización de las contradicciones sociales mediante agitación permanente u ofensivas armadas. Respecto a estas últimas intentaremos, de aquí en adelante, hacer un esbozo tanto del fenómeno terrorista recientemente intensificado, como de sus implicaciones y consecuencias.

En primer lugar cabe señalar que los grupos que utilizan como táctica el terrorismo, no se plantean la lucha revolucionaria como un proceso histórico mediante el cual se pasará de un modo de producción a otro. Sus acciones no descansan en un examen sistemático y crítico de la realidad nacional, sino en datos fragmentarios y en ocasiones equivocados. Estos grupos tienen como antecedente inmediato un agudizado sectarismo manifiesto en la creencia de que su programa de acción es el único válido, con total desdén para las otras organizaciones, llegando incluso a estorbar o sabotear su acción. Este sectarismo tiene quizá su origen en un dogmatismo radical y libresco que atribuye a la realidad características que no tiene y que pretende apresurar en fórmulas prefabricadas. Es así que sin un programa claro, sin tácticas ni estrategias viables, estos grupos no reciben apoyo alguno de las masas, sino al contrario, son definitivamente rechazados. En suma, su incomunicación política, su espontaneísmo y su desvinculación de la clase obrera y campesina, hacen a estos grupos muy vulnerables, no sólo a la represión, sino a la infiltración llevada a cabo por elementos locales manipulados por organismos de inteligencia norteamericanos. Además de la infiltración con fines de exterminio, se conocen casos donde los objetivos han sido más sutiles, como producir la división y el desprestigio de organizaciones de izquierda, o lograr un rechazo generalizado por parte de la población para favorecer la represión.

Si esto ha sucedido con anterioridad, en países de América Latina menos importantes para los Estados Unidos de lo que es México, y si nuestro sistema político atraviesa en estos momentos por una crisis de legitimidad, no es de ninguna manera descartable la hipótesis de que los servicios de inteligencia norteamericanos estén actuando en el país con mayor sutileza que en otras naciones sudamericanas.

La infiltración de grupos o partidos de izquierda no es un fenómeno de reciente aparición ni es privativo de los organismos de inteligencia norteamericanos. Basta revisar los archivos de la *Ojrana* o Agencia de Seguridad General del Imperio Ruso, como lo hizo Víctor Serge, para confirmar que desde 1881 la policía zarista se planteó la infiltración de los grupos revolucionarios existentes. En este sentido es preciso mencionar que para el 6 de abril de 1912 existían en Moscú 17 agentes provocadores infiltrados entre los socialistas revolucionarios, 20 agentes entre los socialdemócratas y tres entre los anarquistas. Estos agentes habían estudiado previamente el origen, el programa, la estrategia de cada partido, así como la biografía de sus militantes, para asumir la actitud adecuada en cada ocasión. El Partido Socialista Revolucionario contó con una fracción disidente que practicaba el terrorismo y pronto se vio infiltrado por agentes especializados en este tipo de prácticas.

Seguramente en las oficinas de la Calle Fontanka, en Petrogrado, se fraguaban, a principio de siglo, los mismos planes que hoy se llevan a cabo en el Consejo de Seguridad Nacional de Washington, con la única diferencia de que los organismos de inteligencia norteamericanos poseen una experiencia intervencionista y una serie de recursos tecnológicos, con que no contaron las policías zaristas.

A raíz de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos deciden coordinar sus programas de investigación con los de información exterior, así como crear departamentos especiales dedicados al estudio de la política exterior. El presidente Truman solicita la fundación de una agencia de informaciones secretas y aprueba la Ley de Seguridad Nacional de 1947. Dos años más tarde se aprueba la Ley de la Agencia Central de Inteligencia, que hereda de la Oficina de Servicios Estratégicos (la OSS inglesa) su experiencia en operaciones encubiertas. A partir de los años cincuenta los Estados Unidos se enfrentan a una serie de conflictos que los obligan a perfeccionar sus tácticas de infiltración. Tras el fracaso en Vietnam; el avance de los movimientos de liberación nacional en los países de su órbita; la pérdida de consenso interno y el surgimiento de nuevos centros de poder global, los Estados Unidos se han visto obligados a buscar nuevas estrategias para mantener su posición hegemónica.

En 1968 Richard Bisell, ex-jefe de servicios clandestinos de la Agencia Central de Inteligencia y directivo de la United Aircraft Corporation, propone el abandono de los métodos clásicos de espionaje y la aplicación de los recursos espaciales a los servicios de información.

Fue el mismo Bisell quien orientó a los servicios clandestinos hacia la

ejecución de programas de acción encubierta en el tercer mundo. Este tipo de acción —definida por él mismo en el Documento Bisell presentado en 1968 en la Sede del Consejo de Relaciones Exteriores— consiste en

el intento de influir sobre los asuntos internos de otras naciones, por medios ocultos o encubiertos... la técnica utilizada es esencialmente la penetración, que puede adoptar una forma que horrorizaría a los partidarios del estilo clásico en las operaciones encubiertas, ya que no tiene en cuenta las normas y las reglas del reclutamiento de agentes... es posible y conveniente —continúa Bisell— aunque difícil y largo, montar en el extranjero un aparato de encubrimiento no oficial. Ello exigiría la utilización y la creación de organizaciones privadas, la mayoría de cuyo personal no sería de nacionalidad norteamericana, disponiendo así de mayor libertad para introducirse en la sociedad del lugar y comprometiendo en menor grado la postura oficial de los Estados Unidos.

Es importante señalar que lo hasta aquí expuesto por el asesor de la Agencia Central de Inteligencia, revela la necesidad de utilizar agentes locales, es decir, ciudadanos del país donde está operando. Más adelante el documento Bisell es aún más explícito:

... para las intervenciones más importantes y delicadas, los "aliados" tienen que obedecer a sus propios motivos. En general la CIA ha tenido un éxito notable en el hallazgo de individuos y agencias con los cuales y a través de los cuales puede trabajar de esta manera. El requisito de que exista previamente un motivo lleva implícito el corolario de que un intento de inducir al aliado local a tomar un camino en el que no cree reducirá por lo menos su efectividad, cuando no echará a perder toda la operación.

Respecto a este documento Bisell, es indispensable relacionar lo hasta aquí expuesto con la infiltración que se ha dado en grupos u organizaciones de izquierda en América Latina, ya que como el mismo Bisell declara, en esta región y a raíz de la Revolución Cubana, los Estados Unidos se han dedicado a controlar movimientos rebeldes. El departamento encargado de llevar a cabo este tipo de acciones es la Dirección de Operaciones u Oficina de Servicios Clandestinos de la CIA, que en algunos casos utiliza a la División de Operaciones Especiales, donde se realizan proyectos urgentes y completos, es decir, desde el inicio de la infiltración hasta acciones posteriores a ella, como la distribución de "propaganda negra" o "intoxicación informativa". Procedimientos basados en la difusión de información falsa con intención de influir sobre las opiniones del público.

Los servicios de inteligencia norteamericanos han podido llegar a este grado de sofisticación en materia de infiltración debido a una larga experiencia en cuestiones de penetración clandestina, que se remonta varias décadas atrás y que en un principio costó fracasos considerables como los

intentos realizados en Albania y Ucrania para establecer movimientos guerrilleros o los frustrados trabajos para montar un aparato clandestino en Polonia, destinado a ejecutar acciones revolucionarias. Éstos y otros fracasos coadyuvaron a perfeccionar las técnicas de infiltración con fines de exterminio llevadas a cabo años más tarde en Bolivia y Uruguay. Asimismo esta experiencia perfeccionó las técnicas de infiltración con fines de provocación. Tal parece ser el caso de la actuación de Vanguardia Organizada del Pueblo, grupo disidente del MIR chileno, que se dedicó a cometer asaltos y asesinatos y cuya acción más espectacular fue el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, hombre de derecha con fama de represor, que fue ministro del Interior bajo el gobierno de Frei. Esta acción del VOP, de la que se pretendió culpar a la izquierda, se lleva a cabo a principios del gobierno de Allende, quien en junio de 1971 compara dicho asesinato con el del general Schneider, afirmando lo siguiente:

En ambos hechos se advierte la introducción en nuestro país de prácticas absolutamente ajenas a su tradición.

Cabe señalar que el VOP al término de cada acción terrorista deja volantes en los que se atribuye el hecho.

Tácticas como ésta han sido posiblemente utilizadas en otros países de América Latina sin más finalidad que lograr un desprestigio de la izquierda, un amedrentamiento de la población con miras a obtener de ella un consenso general en el momento de una represión.

No es pues descartable que este tipo de actos terroristas obedezcan a una estrategia desestabilizadora, tal como lo afirmó William Higgs, director ejecutivo del Comité para una Sociedad Abierta, en una carta fechada en Washington el 6 de junio pasado y enviada al senador Frank Church, presidente de la Subcomisión de Empresas Multinacionales de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos. En dicha carta de Higgs se menciona concretamente el caso de México y se pide al Senado que investigue lo relativo a la Liga 23 de Septiembre. Grupo que se supone forma parte de la "coordinada estrategia económica secreta, para obligar a todo el hemisferio a una sumisión progresiva, tanto en lo político como en lo económico", según palabras textuales de la carta enviada al Senado norteamericano.

Para terminar, es preciso dejar asentado que la infiltración sólo suele darse en países donde surgen o pueden surgir brotes revolucionarios que afecten a corto plazo los intereses del capital monopolista internacional y sólo surtirá efecto con la ayuda de agentes locales, concretamente con la protección de elementos incrustados en las fuerzas reales de poder.

24 de junio de 1976

Fátima Fernández Christlieb